

ciclo

INGMAR BERGMAN

09 MIÉ
20:30

10 JUE
18:00

El silencio

Ingmar Bergman. Suecia. 1963. 95 min. ByN. v.o.s.e.



SINOPSIS

La película en sí narra la historia de dos hermanas, Ester y Anna. Ambas emprenden un viaje en tren para dirigirse a una ciudad de otro país en la que pasar unos días de relax en compañía del hijo de Anna. Ester está gravemente enferma, y aunque no sabemos de qué enfermedad se trata, si que desde luego parece una enfermedad terminal. Las dos hermanas mantienen una relación tirante. Anna que es más joven y tiene un mejor aspecto físico, utiliza su belleza para ir de relación en relación, sin buscar en ellas nada serio, sino simplemente una relación sexual esporádica. Su hermana por contra no tiene esa posibilidad por su estado físico, esa enfermedad la ha deteriorado mucho, y a eso le une además los celos que siente por su hermana, y que la llevan a estados mentales límites. A pesar de lo cuál parece tener la mente más equilibrada que su hermana y no tiene problemas para admitir sus sentimientos.

FICHA TÉCNICA

Título original: *Tystnaden*.

Título español: *El silencio*.

Nacionalidad: Suecia. **Año de producción:** 1963.

Dirección: Ingmar Bergman.

Guión: Ingmar Bergman.

Producción: Svensk Filmindustri.

Productor: Allan Ekelund.

Fotografía: Sven Nykvist.

Montaje: Ulla Ryghe.

Ayte. de dirección: Lenn Hjortzberg.

Música: Bo Nilsson, J.S. Bach, Ivan Renliden.

Sonido: Stig Flodin, Olle Jacobsson, Bo Leverén, Tage Sjöborg.

Vestuario: Marik Vos-Lundh, Bertha Sännell.

Maquillaje: Börje Lundh, Gullan Westfelt.

Intérpretes: Ingrid Thulin, Gunnel Lindblom, Jörgen Lindström, Haakan Jahnberg, Leif Forstenberg, Birger Malmsten.

Duración: 96 min. **Versión:** v.o.s.e. ByN.

COMENTARIO

Hay pocas películas que hagan justicia a ese carácter indecible del horror y de la realidad del siglo XX y Bergman con *El silencio* (*Tystnaden*, 1963) sería una de ellas, sin filmar un ápice de contienda, de vísceras, dramatismo, blandura y consolación, apenas se asoma a ella en una película cuyo argumento podría parecer de directa alusión a *El huevo de la serpiente* (*Das Schlangenei*, 1977)-, para mi gusto uno de los cineastas que mejor hablan del carácter indecible de la realidad, y de los ecos o huecos por los que se puede apreciar el horror sin evadir la perspectiva de que no solo hubo una realidad en la guerra, sino que a cada individuo le corresponde una y que asomarse a los entresijos de la mentalidad humana del siglo XX es lo más apropiado para dejar hablar o callar lo que de verdad somos.

En este sentido creo que es cómo se compone *El silencio*, película que rueda en 1963 tras haber estrenado algunos de sus largos más famosos y haber adelantado algunas de sus inquietudes con *El séptimo sello* (*Det sjunde inseglet*, 1957) o *Fresas Salvajes* (*Smultronstället*, 1957), y que, según mi criterio, haría de bisagra y adelantaría con ingenio muchas de las cuestiones que se encontrarán en su filmografía posterior teniendo como especial mención y reflejo a *Persona* (1966) (...)



Si hay una cosa que sobresale dentro del discurso inmerso en las películas de Bergman es el silencio, un silencio a menudo interrumpido o contado a través de las manillas de un reloj. No hay película suya cuyo compás entre el habla, la música y el silencio no esté perfectamente equilibrado en torno a lo que nos quiere transmitir. Más aún, creo que los silencios en Bergman dirían y serían fuente inagotable para la semiótica incluso más que los propios diálogos. En el silencio el ser humano esconde su verdad, se esconde de su verdad. ¿Podríamos hablar de cierta patología del silencio, como ocultación, como represión? Ciertamente es bien sabido que la representación de la psicología del ser humano en Bergman es magistralmente tratada durante toda su carrera. Una psique humana confusa, compleja, laberíntica, escondida, dramática a la par que hilarante, asombrosa a la par que terrorífica y que el director sueco sin ambages pone en escena como ningún otro cineasta lo ha hecho. Pero no debemos caer en la simpleza, porque no todo en el cine de Bergman puede ser reducido de la patología, en él se encuentran muchas cuestiones que con paciencia y atención hay que poner en juego. No es menos el caso del silencio puesto que también cabría pensar ¿no es precisamente ese silencio más que el síntoma de una patología, su clarividencia, es decir, el gesto más honesto del ser humano que ante la presencia de algo indecible, calla? Vayamos poco a poco. Tempranamente, pongamos por ejemplo

Noche de circo (*Gycklarnas afton*, 1953) hacía notar la presencia del silencio y del conteo temporal a través de el pulso y pesadumbre del tic tac del reloj antes mencionado de una manera muy aguda (...)

No obstante **El silencio** viene a proponernos otra lectura inseparable de estas cuestiones pero puesta en otro contexto y en otra actitud (...)

Bergman articulará con su agudeza técnica, con la capacidad de retratar y ahondar como nadie a través de los planos y los diálogos y las elecciones de montaje toda una puesta en marcha del relato que no solo respalda y hace fiel al argumento sino que sin argumento, solo en el silencio, como ningún otro, desplegaría todo un imaginario, toda una semiótica que es mejor ver y callar. Porque uno no puede abandonar el silencio cuando está absorto y atrapado en la imagen. Porque hablar siempre es rasgar, separar lo que estaba unido (...)

(...)

En otro sentido, una de las cosas que más destaca de la película es la elección de jugar con la mirada infantil a través de Johan, la primera representación de la niñez que vemos en el cine de Bergman y que como hemos comentado marca decididamente la vida y la experiencia del propio director. Esta niñez que descubre la teatralidad de

todos los personajes, la imaginaria artística, el mejor pasatiempo ante la pesadumbre del tiempo. Así es que aparece, visto desde los ojos de Johan –como más adelante serían los ojos de Alexander– la vida circense, las fantasmagorías y la teatralidad. Si hay algo que no se le puede negar a la trayectoria de Bergman es haber unido con inquietud dos disciplinas aparentemente diferentes pero tremendamente conectadas como son la dramaturgia y el cine. No hay que dejar de recordar que Bergman estrenó decenas de obras de teatro y que en sus películas tuvo especial atención al mundo circense, teatral y cómico, aún a medio camino entre el juglarismo, la bufonería, los espectáculos de magia como pasatiempo para una clase burguesa que poco sabe ya disfrutar de este estadio –y que Bergman recupera a través de la mirada infantil–. Pongo por caso las películas **Noche de circo** y mejor aún **El rostro** (*Ansiktet*, 1958), donde se hace más evidente el choque moderno entre la razón de la ciencia y la irracionalidad de las artes como pulso latente entre las contradicciones de la moderna emancipación del hombre de la verdad.

(...)

Bergman propone varios tipos de silencio que lejos de reducir la cuestión del silencio como miedo al vacío, nos hablaría de otros silencios necesarios. Y es que a veces, el silencio supone, al menos, una interrupción. Interrupción necesaria, reflejo de que la conciencia sigue hablando tras la máscara, o empeño por seguir escuchando a la realidad más que imponerle su acento, su tono.

Paula López Montero. 9/Sep/18
<http://cinedivergente.com/ensayos/especiales/ingmar-bergman/el-silencio>

